INFORMES GENERALES

I

MARIANA DE NEOBURGO Y LAS PRETENSIONES BÁVARAS A LA SUCESIÓN ESPAÑOLA

IV (*Continuación.*)

Desde la llegada de Harcourt a Madrid hasta la aproximación de la Reina a Francia.

Siguiendo las instrucciones recibidas de París, procuró el Embajador francés ganarse la voluntad de la Reina desde esta primera entrevista, que había preparado, además, una carta de recomendación de Juan Guillermo (1). Doña Mariana usó en la plática la lengua francesa y pareció bastante turbada. Después de la audiencia hizo decir al Embajador que le habría recibido mucho antes de no ser imprescindible que lo hiciese previamente el Rey. Harcourt correspondió a esta fineza obsequiando a

(1) "Si es admitido luego en el cuarto de la Reina, entregará a S. M. la carta de puño del Rey, expresiva de la estimación que por ella tiene, y la reforzará con las palabras adecuadas para hacerla comprender que, llegado el caso, habrá de experimentarlo así. Como el Elector Palatino ha escrito a su hermana recomendando al Marqués de Harcourt, no es inverosímil que la Reina aproveche la entrevista para franquearse con él, y expresarle su propósito de poner al servicio de la paz todo el ascendiente que posee cerca el Rey su marido." Morel Fatio, *op. cit.*, t. I, págs. 476-77.

En el St. A. c. a. 59/14, hay una carta de Juan Guillermo a la Condesa de Berlepsch, de 4 de enero de 1697, recomendando a Harcourt y encargando a su hermana que le utilice en pro de las pretensiones del Palatinado sobre Germersheim.

la Reina con atavíos confeccionados por las modistas de París, presente de que ella gustaba mucho; para conseguir sus fines políticos no descuidó, pues, ningún recurso.

Pocos días después se otorgó audiencia a los dos Harrach, con motivo de la llegada del joven, y los Embajadores alemanes no salieron de ella tan satisfechos como Harcourt de la suya. Cuando intentaron volver a tratar del transporte de tropas, se les opuso una rotunda negativa.

Ya no necesitaba doña Mariana de la protección de Harach, hallándose el Rey en franca convalecencia, y aunque no se había decidido aún por la causa francesa, recibía con agrado los homenajes de Harcourt.

El viaje de los Reyes a Toledo (1) dejó todo en suspenso, porque los Embajadores tuvieron que quedarse en Madrid. Hasta es posible que tanto como la salud de Carlos II inspirase la jornada el deseo de la Reina de sustraerse a las recriminaciones de Harrach. Por lo menos, mientras el Embajador alemán se lamenta en su *Diario* de no tener apenas noticias de la Reina, la correspondencia entre Madrid y París está llena de notas optimistas.

Harcourt se ha procurado en Madrid un nuevo apoyo en madame Daguery, que conoció a la difunta doña Mariana. Luis XIV escribe el 13 de abril de 1698, preocupado porque el Emperador trata de precipitar la paz con los turcos para poder disponer de tropas y enviarlas a España. Harcourt le contesta el 30, tranquilizándole. No ha podido averiguar nada con certeza porque estos asuntos los llevan los Reyes con el Almirante; pero después de lo acaecido con el Regimiento de la Guardia, no tiene duda de que el Consejo de Estado se opondrá resueltamente al envío de tropas imperiales. La Daguery le ha dicho que aunque los españoles están convencidos del peligro inmenso que constituye para la Monarquía la indecisión sucesoria, no se atreven a resolver por miedo a la Reina. El (Harcourt) ha contestado que es preciso servir a la Reina en lo pequeño, para conseguir que ella ceda en lo grande.

El 8 de mayo de 1698 vuelve Luis XIV sobre la conveniên-

(1) Sobre la estancia de los Reyes en Toledo véanse las actas capitulares en el Archivo de la Catedral.

cia de granjearse la buena voluntad de doña Mariana. Ese será el mejor modo de obtener oportunamente muchas noticias y de poder aprovechar ocasiones, como la que entonces se presentaba, para hacerse grato a los españoles. Los moros marroquíes han vuelto a sitiar a Ceuta con grandes fuerzas y se aperciben también para combatir a Orán. El Embajador comunicará al Gobierno de Madrid que S. M. Cristianísima pone, desde luego, a su disposición las galeras francesas y está propicio a enviar buques de más porte. Es muy posible que la oferta se rechace; pero Harcourt cuidará de que se haga pública, porque agradará de seguro a las gentes.

Mientras tanto Harrach y Aguilar proseguían en sus lamentaciones por la falta de celo de doña Mariana en el servicio del Emperador (1), y en cambio Balbases (2), a quien Harcourt había comunicado el ofrecimiento de la flota francesa, comparaba la conducta de Luis XIV con la de doña Mariana, la cual, cuando se trató de enviar a Orán el Regimiento de la Guardia, lloraba y se lamentaba del quebranto que sufriría su prestigio, y ahora contrariaba la voluntad del Rey rechazando el concurso de los navíos franceses. Harrach, claro es, secundaba a la Reina en esta actitud.

Veamos cuál era la del tercero en discordia, mientras Austria y Francia luchaban así en la Corte española. Maximiliano Manuel lo aguardaba todo de las Potencias marítimas, persuadido, con razón, de no poder hallar mejor negociador que Guillermo III. Vanas habían sido las gestiones del Monarca inglés para obtener en Viena la seguridad de la permanencia del Elector en el País Bajo; y el 29 de abril de 1698 hizo decir a Auersperg que, en vista de ello, las Potencias marítimas no tomarían parte en ninguna guerra contra las pretensiones bávaras a la sucesión española; añadiendo que no creía que Harrach obtuviese el testamento a favor del Archiduque, como decía esperar-

(1) "El Embajador francés no tiene sino dejar ir las cosas, porque la Monarquía cae por sí misma en manos de su Rey." *Tagebuch*, del 11 de mayo de 1698.

(2) Balbases fué el primer Grande que se dirigió a Harcourt. Había sido plenipotenciario de España en las negociaciones de Nimega, y luego Embajador en París para el casamiento de María Luisa con Carlos II. (Dunlop, *op. cit.*, II, pág. 296.)

lo el Embajador imperial en Londres. Auersperg, muy preocupado ya con la noticia del próximo viaje a Bruselas de José Fernando, se consternó cuando hubo oído al Rey de Inglaterra que los intereses bávaros progresaban en España. Y no es que Guillermo III, tan al corriente de cuanto acontecía en Madrid, sospechase que la Reina se había pasado al partido del Elector; de creerlo así no lo hubiese ocultado a Auersperg, para mejor ablandar de este modo la rigidez del Emperador. No. El Rey inglés sabía por Maximiliano Manuel que ni pública ni secretamente contaba éste con la Reina; pero tampoco ignoraba que aun siendo ella adicta a la causa austriaca, no lograba imponer su voluntad. A falta de otras fuentes informativas más directas, no dejan de ser útiles en este período los despachos, un tanto exagerados, de Auersperg (1).

Mientras el Elector de Baviera proseguía en la sombra, aguardando su hora, Luis XIV hacía a Guillermo III nuevas proposiciones ante el fracaso de las primeras. Milán sería para el Archiduque; Nápoles, Sicilia y Luxemburgo, para Francia, y todo lo demás, para Baviera.

Aunque la oferta pareció al Monarca inglés más favorable de lo que esperaba, no quiso tampoco aceptarla, confiando en-

(1) "He informado al Rey de que la repentina resolución del Elector de Baviera, llevando a Bruselas al Príncipe su hijo, ha causado gran asombro por lo sospechoso del momento elegido. Le insinué que esto aconsejaba tal vez desligarse de él un tanto, sobre todo por las noticias que venían de Madrid, donde sus grandes pretensiones eran muy mal miradas. Añadí que España ha declarado por conducto de Portocarrero a Harrach, que desea una más íntima unión entre los aliados de la última guerra y le rogué que diese instrucciones sobre este punto al futuro Embajador Hop. El Rey me contestó que la llegada del Príncipe Electoral no tenía nada de misteriosa y estaba ya prevista desde hace un año, y que de Madrid tiene él muy otras referencias, según las cuales una gran parte de la nobleza está por el Elector; no precisamente el Rey ni la Reina, ni la mayoría de los Consejos, sino los demás Grandes de España. Por eso ha recomendado la unión, y tratado del asunto con Simeoni. No cree que España se decida, porque la Reina es más odiada cada día y a causa de esto el partido austriaco resulta más impopular que el francés, así que no sabe cómo se desenlazará el asunto. Se habla de reunir Cortes, pero la Reina lo estorba, porque no cree encontrar en ellas apoyo para su inclinación a favor de Austria."

(Carta de Auersperg al Emperador, 6 de mayo de 1698. Gaedeke, t. II, Ap., pág. 114.)

tenderse con el Emperador. Sin embargo, Tallard le hizo ver que si en 1668 había Leopoldo aceptado el proyecto de reparto que entonces se convino a espaldas de sus aliados, podría, quizá, repetir el juego. Mas como, por otra parte, el pensionario Heinsius no admitía arreglo ninguno en que no interviniese el Emperador, quedaron las cosas como estaban. No se despachó todavía a Hop, ni Maximiliano Manuel se ocupó de enviar a Viena un representante suyo. Guillermo III prosiguió sus negociaciones con Francia, alegando que las Potencias marítimas no podían aceptar que se anexionase el Luxemburgo.

El 27 de mayo de 1698 escribía Luis XIV a su Embajador que el negocio marchaba por buen camino. Ahora bien, importaba mucho impedir la presencia en España de tropas adictas al Imperio. Había llegado a sus oídos que el Landgrave de Hessen meditaba atraerse las tropas irlandesas asalariadas por Francia. Convenía que Harcourt utilizase esta noticia, encareciendo la falta de escrúpulo del partido imperial y quebrantase en lo posible el prestigio del Landgrave en Cataluña, sostén de la Reina (1). Por último, el Embajador haría ver que su Rey no ignoraba los planes de reconstitución de la Gran Alianza; pero añadiría que Francia estaba, a su vez, dispuesta a concertar otras, y que como guardadora de la paz de Ryswick exigía que se le diese conocimiento de cuantas se llegasen a proyectar.

La expulsión de la Gudaña, desenmascarada, al fin, como espía peligrosa, se compensó con la llegada de la Marquesa de Harcourt, a quien, como veremos, se debió principalmente la atracción de la Reina a la causa francesa. Los obsequios de vestidos y galas que Harcourt la prodigó por mediación de la condestablesa Colonna, no habían logrado todavía hacer mella en las convicciones políticas de doña Mariana, como dió ocasión a comprobar el incidente de los buques ofrecidos para el socorro de Ceuta. La negativa final, contraria al parecer común, fué obra de la Reina (2). Pero la satisfacción de los Harrach, creyéndo-

(1) "La autoridad de la Reina no consistía sólo en el ascendiente que ejercía sobre el espíritu del Rey su marido, sino en el apoyo de las tropas alemanas acantonadas en Cataluña a las órdenes del Virrey, príncipe de Darmstadt." Torcy, t. II, pág. 21.

(2) "El Rey Católico, conmovido por la generosidad de S. M., quiso aceptar el ofrecimiento que toda España aplaudía. La oposición de

la impulsada por afecto a Leopoldo, no pasó de ser una ilusión. Doña Mariana había seguido en este episodio los consejos del Almirante, que, unido ahora a Oropesa, perseguía fines muy distintos de los franceses y austriacos; en primer término, los bávaros, y después, los portugueses.

La negativa a aceptar el auxilio francés no disgustó a Luis XIV, que la tenía prevista, y estaba seguro de que ella había de favorecerle de dos modos: aumentando la impopularidad de la Reina y haciendo patente su amable conducta. Así, pues, se equivoca Heigel cuando supone, con Torcy, que el disgusto por este desaire impulsó al Monarca francés a la política del reparto (1). Las negociaciones para concertarlo a satisfacción de todos los partícipes habían comenzado mucho antes de sobrevenir el asedio de Ceuta y la consiguiente oferta francesa.

El 3 de junio de 1698 cumplió Harcourt el encargo de sonsacar a Harrach acerca de la predisposición de Viena a renovar un convenio análogo al del reparto de 1668. Dos horas duró la entrevista de los Embajadores; mas cuando, tras largo preámbulo, llegó el Marqués al punto que le interesaba, rehuyó el Conde con gran habilidad la respuesta categórica, alegando "que había oído hablar de este asunto, pero que por no tener él entonces cargo oficial ninguno desconocía sus detalles".

Estimulado quizá por el recelo que esta insinuación le produjo, reanudó Harrach sus instancias apenas hubieron regresado de Toledo los Reyes, el 12 de junio, sobre los tres temas consabidos: transporte de tropas, testamento a favor del Archiduque y Gobierno de Milán. La Reina le contestó evasivamente.

La Cancillería de París seguía con tan sagaz atención la marcha de los negocios diplomáticos que en los días mismos de esta audiencia de Harrach recibió Harcourt la orden de vigilar cuidadosamente para que el Embajador alemán no consiguiese antes de su partida el testamento que gestionaba, ni el nombramiento del Archiduque para el Gobierno de Milán, pretensión que aduciría, de seguro, para compensar el fracaso de la primera.

---

la Reina retrasó la respuesta que esperaba el Marqués de Harcourt, y, al cabo, reforzando la instancia de los representantes del Emperador, obligó al Rey su marido a rehusar." Torcy, *op. cit.*, t. I, pág. 36.

(1) Heigel, *op. cit.*, pág. 140. Torcy, *op. cit.*, t. I, pág. 37.

Harcourt contesta el 17 de junio, transmitiendo los informes que le dió el padre Blandinière acerca del estado de ánimo de los españoles ante el pleito sucesorio. Insiste en que la Reina debilitó con su conducta al partido austriaco y reforzó en cambio al francés; pero no concede importancia ninguna al partido bávaro. Es ello extraño, pues aun cuando Maximiliano Manuel actuaba poco en Madrid, fiando más de la intercesión de Guillermo III, no se puede decir que careciese de adeptos en España. Lo comprueban así las cartas de Standhope (1). Cierto que el Embajador inglés podía ser tachado de parcial en pro de Baviera; pero indudablemente Harcourt lo fué también en demasía a favor de Francia, y desdeñando deliberadamente la importancia de aquélla más de lo justo, facilitó los éxitos posteriores de Maximiliano Manuel.

El último rescoldo del antiguo entusiasmo de doña Mariana por la causa austriaca se apagó cuando el Emperador, que tan escasa ayuda la prestaba, la reconvino después por su falta de celo. En la citada carta de 17 de junio refiere Harrach que la Reina ha recibido una voluminosa correspondencia de Alemania, llena de reproches del Emperador, que la han mortificado tanto, que se propone no volver a ocuparse de los asuntos de Viena.

Nuevamente enfermó el Rey por aquellos días, y esta vez no buscó doña Mariana el amparo de Harrach. Advirtió el hecho el Embajador imperial y dándole la importancia que tenía, consignó descorazonado en su *Diario* que España se estaba perdiendo para la Casa de Austria. Achacaba Harrach la mudanza al ofrecimiento que suponía hecho secretamente por Luis XIV a doña Mariana de casarla con el Delfín, caso de morir Carlos II. Hemos recogido más arriba este rumor, entonces muy válido, y cuya autenticidad es difícil de acreditar. Standhope lo registra en su correspondencia (2) y la mayoría de los historia-

---

(1) "Es inconcebible el odio que inspira Viena, en gran parte por culpa de las imprudencias de la Reina, tanto más cuanto que el partido austriaco se reduce a su persona y familia. Tiene mayores simpatías el bávaro y también algún Príncipe francés, por las razones que ya he dicho, para asegurarse contra una guerra que sería inevitable con cualquiera otro de los candidatos."

(Carta de Standhope a su hijo de 11 de junio de 1698.)

(2) Según el Embajador inglés, la intermediaria de este ofreci-

dores, salvo Gaedeke, que lo niega, lo da por bueno (1); aunque, como es de suponer, ni los unos ni el otro pueden aducir la prueba plena de sus dichos. Lo positivo es que Harrach le prestó crédito y que desde entonces tanto como a la concurrencia francesa temió también a la bávara. Nos lo revela así su comunicación al secretario Selder; y ella comprueba, además, que el número de los partidarios de Maximiliano Manuel era bastante mayor de lo que Harcourt afirmaba (2).

La Reina tuvo la ocurrencia feliz de hacer nombrar al Conde de Oropesa Comisario para las negociaciones con Harrach. De este modo excusaba ella mantener personalmente la desagradable discusión con el Embajador imperial, quedando en libertad de hacer cuanto la pluguiese. Disipado de este modo el mal humor que produjeron las reconvenciones epistolares de Leopoldo, tuvo Harrach el 6 de julio de 1698 una larga audiencia con la Reina. Trató primero de persuadirla de que José Fernando era demasiado débil para heredar y retener la Monarquía española, a cuya sucesión no tenía, además, ningún derecho. Analizó luego los inconvenientes y peligros de la sucesión francesa y propuso a seguida que Carlos II escribiese a Guillermo III anunciándole su propósito de designar como heredero al Archiduque. Responde esta sugestión de Harrach a la excepción dilatoria que, como se recordará, opuso el Rey de Inglaterra en sus tratos con Viena, supeditándolos al arreglo definitivo del Gobierno de los Países Bajos y de la sucesión española. Pero doña Mariana atajó a su interlocutor, replicando que su marido no tenía por qué comprometerse con Guillermo III. "Además —añadió la Reina— el cardenal Portocarrero ha despertado en

---

miento fué la Marquesa de Harcourt. (Carta de Standhope a Mr. Jard de 23 de julio de 1698.)

(1) Cánovas del Castillo, *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, pág. 398. Louville, *op. cit.*, t. I, pág. 86, y Dünlop, *op. cit.*, t. II, pág. 311.

(2) "La Reina no comprende que sus verdaderos intereses la ligan con el Emperador. Si se une a Baviera no gobernará nunca porque no la dejará el Elector, el cual tampoco se podrá sostener aquí, cuando el Emperador se apodere de sus estados de Alemania; el Reino no le seguirá, y las Potencias marítimas se irán con el más fuerte. Francia no cumple nunca lo que promete y gusta de la traición, pero no de los traidores." (*Tagebuch*, 30 de junio de 1698.)

el Rey escrúpulos de conciencia, predicándole que tiene obligación de nombrar heredero al Príncipe electoral, porque sus derechos son los mejores, porque se lo prometió así a la Reina su madre y porque lo consignó en su testamento. Se lo ha hecho jurar sobre un hábito y aunque este juramento no le obligue, las instancias del Cardenal no le dejan ver claro."

Estas palabras de doña Mariana, cuya franqueza no puede menos de sorprender, no tenían, evidentemente, otro objeto sino sincerarse de la acusación de mala voluntad, ponderando cuán difícil era conseguir un testamento a favor del Archiduque. Pero parece evidente que no las hubiese pronunciado de hallarse ya resuelta a favorecer la causa de Maximiliano Manuel. El Cardenal seguía siendo su mayor enemigo. Sin embargo, la Reina no oponía ya a las pretensiones bávaras aquella actitud irreductible de 1696, época de su fervoroso entusiasmo austriaco, y no es inverosímil que hubiesen producido alguna mella en su ánimo las atenciones y presentes que el Elector prodigaba, así a ella como a la Condesa de Berlepsch y al Almirante.

Proseguían mientras tanto las dobles negociaciones de las Potencias marítimas en Viena y en París. Austria, forzada a resolver previamente la suerte del País Bajo, consintió en recibir en la Corte imperial a un representante de Maximiliano Manuel, pero alegó que el Emperador no podía pedirlo al Elector sin menoscabo de su dignidad, debiendo ser el Rey de Inglaterra quien lo gestionase. El 29 de marzo de 1698 lo comunicó así Auesperg a Guillermo III; aparentó éste mostrarse conforme; pero, en realidad, después de su plática con Tallard no tenía ya interés ninguno en entenderse con el Emperador, ni veía la necesidad de enviar a Viena un representante bávaro. Así, pues, de propósito deliberado, según lo transmitió a Heinsius, retrasó cumplir el encargo, prosiguiendo en los tratos con Francia, cuya sola dificultad se reducía a la asignación del Luxemburgo. Luis XIV consintió en renunciar a él, a cambio de Navarra o o Milán, con la costa de Toscana; el Archiduque recibiría, en compensación, Nápoles y Sicilia. Inglaterra y Holanda rechazaron acordes la propuesta, mucho más ventajosa para Francia que las anteriores, y las negociaciones con Luis XIV entraron en otro paréntesis. Pero tampoco aprovechó él a la causa imperial, y cuando Auersperg confiaba en que Guillermo III se apre-

suraría a complacer a su soberano, le oyó decir, consternado, el 13 de junio de 1698, que Baviera no tenía necesidad de hacer en Viena proposición ninguna, ya que parecía muy probable que recibiese para su hijo la herencia española entera (1).

También Luis XIV, impresionado por los informes optimistas de Harcourt, puso poco empeño en proseguir desde luego sus tratos con las Potencias marítimas hasta que los informes de Tallard le decidieron a reanudarlas.

Mientras tanto Harrach, ignorante, por fortuna suya, de la desesperada situación de su causa, continuaba impertérrito defendiéndola. Tuvo el valor de decir a Oropesa que los derechos bávaros eran todavía menos sólidos que los de Francia, a lo que el Ministro contestó que cuando en 1696 preguntaron al Rey el motivo de haber designado al Príncipe electoral en su testamento, contestó Su Majestad: "Porque es el más próximo a la sucesión." Harcourt conoció esta plática, de la cual dió cuenta a su Rey, así como de la larga audiencia que el mismo día tuvo Harrach con la Reina.

El Embajador francés contraminaba los trabajos del alemán, procurándose ante todo la adhesión de Portocarrero. Creyó haberla conseguido cuando el Cardenal se mostró dispuesto a entablar diálogo con él, imaginando que coincidirían en la conveniencia de señalar un heredero francés a la Corona. Portocarrero perseguía, en realidad, otros fines; pero deseaba no perder el contacto con Francia.

Luis XIV, menos optimista que su Embajador, medía bien los obstáculos opuestos a la causa francesa, por la inclinación austrófila de la Reina, y cuando Carlos II recayó en su dolencia, hizo reforzar las tropas destinadas a España.

El Cardenal, fiel a su táctica, se mostró, en efecto, partidario de la herencia francesa, añadiendo que la Reina, enviada por Dios a España para castigo de los pecados nacionales, no conta-

(1) "Me habló, luego, el Rey del Elector, diciéndome haberle escrito para que enviase a Viena a un Ministro, hallándole ahora de otro parecer; sin duda porque no sabe ya qué proposición hacer que no perjudique a su hijo. Añadió, que si había de serme franco no debía ocultarme las grandes esperanzas del Elector en el asunto de la sucesión española, las cuales le estorbaban para entablar relaciones diplomáticas con la Cancillería de Viena." Carta de Auersperg al Emperador, de 13 de junio de 1698 (Gaedeke, I. Apéndice, pág. 116).

ba en el Consejo de Estado sino con cinco o seis adeptos, que dejarían de serlo apenas muriese Carlos II. Hippeau (1) deduce de esta conversación que Portocarrero estaba ya entonces al servicio de Luis XIV. No fué así, ciertamente. En negocios diplomáticos, hasta un Cardenal puede desfigurar un tanto la verdad, que mucho mejor que en las palabras de Su Eminencia aparece en los actos suyos posteriores. Por aquellos mismos días tuvo el Cardenal otra entrevista con Harrach; en ella culpó al Consejo de Estado de los desaires que se inferían al Emperador y dió a entender que él los reprobaba (2).

Lo cierto es que, como lo notificó Harcourt a París, el 23 de junio de 1698, las proposiciones austriacas fueron rechazadas. La decisión obedeció, según confidencia de doña Mariana a Harrach, a la actitud de Portocarrero y Monterrey, quienes, por miedo a Francia, se opusieron resueltamente al envío de tropas imperiales. Tampoco se llegó a escribir la carta de Carlos II a Guillermo III, pedida por Harrach.

Mientras tanto, la Marquesa de Harcourt había logrado tal ascendiente sobre el ánimo de la Reina, que la acompañaba a todas horas, recibía de ella valiosos presentes y todo género de distinciones. Standhope llega a calificarla de "favorita". Los cortesanos, como era lógico, se inspiraban en este ejemplo y la Embajadora francesa desempeñaba principalísimo papel, revelador del despego de la Reina por la causa imperial.

Para que la despedida de Harrach no fuese tan amarga, le recibió el Rey en audiencia el 29 de julio; le encareció cuánto lamentaba que las circunstancias no le hubiesen permitido complacerle más a menudo y le repitió que la unión entre las dos ramas de la Casa de Austria debía seguir siendo estrechísima, entregándole, al fin, una carta cerrada. Pero cuando, ya en su casa, la abrió el Embajador, halló que no aludía siquiera al transporte de tropas ni al asunto de la sucesión, limitándose a repetir que la actitud de Francia imponía una gran prudencia y que no era posible conceder al Archiduque el Gobierno de Milán.

Desconsolado Harrach, pidió explicaciones a la Reina; doña Mariana contestó que el Rey haría oportunamente testamento,

(1) *Op. cit.*, pág. 136, nota.
(2) *Tagebuch*, 21 de julio de 1698.

pero que no era posible estarle atormentando con la petición de que lo hiciese en seguida. Ninguna esperanza debió conservar ya el Conde de Harrach; mas todavía contribuyó a disiparlas la Condesa de Berlepsch, quien a los reproches que él la hizo de no haber trabajado bastante en pro de la causa austriaca, replicó recordando las amenazas escuchadas al Conde, su padre, de meter a la Reina en un convento, y declarándose con toda franqueza inspiradora de doña Mariana en su nueva actitud de apartamiento de la causa imperial.

El 5 de agosto de 1698 escribe Harcourt que el Cardenal le acaba de declarar que Carlos II está desahuciado, por lo cual debe Luis XIV apercibir cuantas tropas sean necesarias, añadiendo que la Reina desea trasladarse con el Rey a Toledo, al amparo, sin duda, del Regimiento de la Guardia y con ánimo de ganar en seguida la frontera de Portugal.

Es muy posible que Portocarrero, no obstante sus inclinaciones bávaras, buscase, como más inmediato, el apoyo francés contra la Reina. La situación de los peones políticos en el verano de 1698 no llegó a decidir la suerte del juego, porque la convalecencia de Carlos II dió lugar a nuevas peripecias.

PRÍNCIPE ADALBERTO DE BAVIERA.
(Correspondiente.)

(Se concluirá.)

II

GENEALOGIA Y NOBLEZA

QUINIENTOS DOCUMENTOS PRESENTADOS COMO PRUEBAS EN LA SALA DE LOS HIJOSDALGOS DE LA REAL CHANCILLERÍA DE VALLADOLID Y ESTUDIADOS AHORA *por Alfredo Basanta de la Riva.*

(Conclusión.) (1)

Sáenz de Lobera (Diego, Francisco, Antonio, José y Manuel).

Vecinos de Labastida; padre, el primero, de los dos siguientes y tío carnal de los dos últimos, y éstos, hijos de Domingo

(1) Véase el BOLETÍN, tomo LXXVIII, cuadernos V y VI, págs. 437 y 505; tomo LXXIX, cuadernos I, II-IV y V, págs. 42, 187 y 434, y tomo LXXX, cuadernos I, II, III y IV, págs. 58, 137, 276 y 340.